



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Llanto laico en recuerdo de Carlos Bosch García

Autor: Roel, Santiago

Forma sugerida de citar: Roel, S. (1994). Llanto laico en recuerdo de Carlos Bosch García. *Cuadernos Americanos*, 3(45), 226-228.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año VIII, núm. 45, (mayo - junio de 1994).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

LLANTO LAICO EN RECUERDO DE CARLOS BOSCH GARCÍA*

Por Santiago Roel
EX CANCELLER MEXICANO

CUANDO ENTRÉ a la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM a tomar clases con él, ya conocía alguno de sus libros.

Creía saber bastante de historia mexicana en relación con la de los Estados Unidos de América.

En la primera clase, y frente a mis jóvenes compañeros, me dio la palabra. Escuchó con paciencia, midió mis conocimientos sobre el tema desarrollado y pronto me puso en mi sitio al encargarme el primer trabajo.

Al principio fue deliberadamente duro y exigente y me demostró —socráticamente— que creyendo saber mucho del tema, en realidad nada sabía.

Que para saber historia, había que *abrevar* en las fuentes y saber interpretarlas.

Años de estudio

CARLOS Bosch García había pasado por lo menos cincuenta años de su productiva existencia estudiando los archivos del Congreso de Estados Unidos o microfilmando los documentos del caso y, después, con base en ellos, continuaba desarrollando sus tesis en el histórico santuario de su propia casa.

De estos temas había publicado varios y sesudos libros: desde el primero, relativo a la época de Poinsett, *El mester político de Poinsett en México*, hasta pasada ya la segunda mitad del siglo XIX. Salvo Matías Romero, que había vivido la historia *in situ*, nadie mejor que el maestro Bosch había perseguido el hilo de Ariadna de la relación de nuestro país con el del norte.

* Publicado originariamente en *El Economista* (México), el 7 de marzo de 1994.

Pronto empecé a entender su disciplina y la profundidad de su cultura universal.

En los modestos cubículos de la Facultad de Filosofía y Letras carecíamos de toda comodidad material: las sillas y las mesas estaban desvencijadas y cada uno de nosotros tenía que aportar sus propios gises para plasmar cualquier tema en sus pizarrones, tan rugosos como las cavernas de Altamira, en las cuales el hombre de Cro-Magnon dejó las huellas de su arte primitivo.

Es verdad: carecíamos de comodidades materiales; pero las suplíamos con el talento inaudito, profundo y universal del maestro Bosch.

Sabía de todo: de arte y de música; de pintura —pintaba casi tan bien como escribía—; de viajes, de vinos y de cantos; de literatura y poesía; de amores y afectos; de tristezas, penas y desazones. Nada humano le era ajeno, excepto la amargura.

Sindbad el Marino

AL escucharlo, sentíamos que era una especie de Sindbad el Marino sentado en la proa de su barco, que había navegado por todos los océanos del mundo y cada cátedra suya era otro capítulo más que agregaba a sus propios relatos de navegante universal.

Pronto nos hicimos amigos y comprendí su soledad y su angustia: todo lo había gozado y lo había sufrido todo. Había subido a los cielos y descendido a los avernos del sufrimiento.

Digna compañera

EN su dorada madurez encontró “a la vera de su menda” a una mujer excepcional: doña Elisa Vargas Lugo, digna compañera de su vida, quien, al igual que Carlos, es historiadora y de las mejores de México.

Mujer fina, inteligente y elegante, de señora prosapia hidalguense y delicada sensibilidad, fue su compañera de muchos años, hasta la hora de su muerte.

Elegante atuendo

CARLOS vestía con descuidada y limpia elegancia. Una sola vez lo vi de etiqueta y casi por obligación, cuando ingresó a la Academia de Historia en que las reglas del caso así lo exigían.

Jardines de Academo

Lo visitaba con asiduidad en su casa de San Jerónimo. Al penetrar en su hogar sentía transportarme a los siglos coloniales. Había extraordinarios cuadros, libros valiosos, incunables, tesis estudiantiles, muebles y rincones amables, y entre luces y sombras se percibía un jardín anexo a su biblioteca lleno de flores y de tiestos.

Allí, en esa casa llena de luz, conversé, desayuné, comí y cené siempre en compañía de él y de doña Elisa: de amigos, universitarios y maestros. Siempre se aderezaba la comida con dilectas conversaciones y sabrosas viandas y vinos legendarios.

Quien conocía a Carlos, no tenía más remedio que admirarlo y quererlo. Tengo además la impresión de que mis genes judaico-regiomontanos y los suyos catalanes y por tanto fenicios, se identificaban en una especie de Mediterráneo espiritual.

Lo vi muchas veces antes de morir; pero nunca saqué mi afán de conocerlo más y mejor. La última vez fui leyendo en la pantalla de su computadora capítulos enteros de su próximo libro *inacabado*.

Carlos, maestro y amigo: ya te has reintegrado a la energía universal. Seguramente estarás en algún *topos uránios* del Universo, conversando sin límite de tiempo con tu padre, don Pedro Bosch Gimpera. En esa eternidad sin fronteras y en comunicación permanente seguramente continuarás charlando de tus temas predilectos: del ser humano que a pesar de tantos siglos de historia no encuentra aún ni la luz del conocimiento pleno ni el camino de la redención y del amor.